

Mucha gente ha manifestado disgusto por las represalias que ciertos franceses tomaron sobre ciertas infelices francesas que durante la ocupación alemana mostraren demasiada simpatía por los soldados nazi; otra gente, Mr. Churchill ^h entre ella, ha condenado la forma un tanto ^{precipitada} ~~máxima~~ con que una poblada romana ^{castigó} ~~sancionó~~ los crímenes cometidos por un agente del fascismo. A las primeras se les cortó públicamente el pelo; al último se le ahogó en el Tiber, colgándosele después boca abajo.

Estos hechos desagradables no serán, seguramente, los últimos de esta índole que ocurrirán. Los pueblos y los individuos que han sufrido la dominación o la ocupación nazi y fascista, deben tener guardados en sus corazones muchas amarguras y humillaciones que no se borrarán sino por la violencia, y si es muy fácil, para nosotros, condenar aquellos hechos, no fué tan fácil, para esos pueblos y esos individuos, soportar esas humillaciones y esas amarguras. Mucho menos fácil les es olvidarlas.

Vivimos en un mundo civilizado, se dice, y así parece que es, pero jamás, en ninguna época, ha cometido, sufrido o presenciado el ser humano tantas brutalidades como las que comete, sufre y presencia en nuestros días. ¿Es que la brutalidad ha crecido con el mismo ritmo que la civilización? Es posible. De lo que no cabe duda es de que es el pueblo, son los pueblos, la pobre gente, la que debe soportar, en su enorme mayoría, esas brutalidades. ¿Cuál es su vida? Vivir siempre bajo el dominio de alguien o de algo, de la ley, del tirano o del pícaro y bajo ella y bajo ellos trabajar, matar, morir, es decir, realizar siempre los deseos y la voluntad de otros, con absoluto olvido de sus propios deseos y de su propia voluntad. Los comprendemos, los amamos, a veces hasta llegamos al heroísmo de defenderlos, pero cuando llega el momento en que pueden tomarse un respiro y hacer, por una única vez, lo que en su oscura y deslumbrante lógica estiman justo, todos, cristianos y sarracenos, nos echamos ~~amainamamá~~ sobre ellos y los condenamos.

Creo que somos injustos; más que injustos, torpes. Si los pueblos pudieran tener, más a menudo, oportunidad y libertad para juzgar por sí mismos lo que nosotros, por cobardía o por ineptitud, no juzgamos, seguramente los tiranos y los pícaros no prosperarían tanto y escarmentarían más. Y esto, que a muchos timoratos podrá parecer una barbaridad, no es sino el estricto cumplimiento de una sabia máxima higiénica: vale más prevenir que curar.

Manuel Rojas

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©